

LA TRANSFORMACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL EN UNA UNIVERSIDAD DE INVESTIGACIÓN. RETOS Y PERSPECTIVAS

Gabriel Misas Arango

Profesor Titular. Universidad Nacional de Colombia

Director Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales – IEPRI

Marzo 27 de 2008

Voy a tocar dos temas. En primer lugar, una pequeña reflexión sobre la discusión, a nivel nacional, relacionada con los doctorados en Colombia, y luego me referiré a los factores intrínsecos que en la Universidad Nacional limitan su capacidad para constituirse en una universidad de investigación. Como ya lo señaló Luis H. Blanco, nosotros llegamos muy tarde a los programas de posgrado. Al primer programa de estudios de posgrado, el que señaló Luis H. Blanco, podemos añadir el de la Facultad de Economía del año 1954. Recién constituida la facultad se aprobó un programa de doctorado, sin reunir ninguna de las condiciones requeridas para llevarlo a cabo; este programa nunca funcionó y fue necesario esperar más de cincuenta años para que finalmente se pudiera implementar un programa doctoral en ciencias económicas en nuestra universidad.

Nosotros llegamos muy tarde a los estudios avanzados. El primer programa de maestría que se creó en Colombia fue el de Física en la Universidad Nacional en 1970. Antes estaba el PEG del ICA- Universidad Nacional y el PEG de economía de la Universidad de los Andes que empezaron a finales de los años sesenta, sin embargo estos eran programas más de adiestramiento o mejor dicho, aprestamiento de los estudiantes que iban a estudiar la maestría o el doctorado en Estados Unidos. Así, por ejemplo, el PEG inicial de la Universidad de los Andes en economía tenía como propósito reforzar los conocimientos en matemáticas, macroeconomía, y microeconomía con el objeto, no de obtener la maestría, sino de prepararse para entrar a las universidades americanas, a estudiar la maestría o el doctorado.

Mientras este es el caso de Colombia, ¿qué pasaba en América Latina? Me parece raro que el profesor A. Salam no hubiera considerado a Argentina. Argentina en 1905 ya tenía doctorados, y doctorados de alta calidad. Fue una potencia mundial en la primera mitad del siglo pasado en Química y en Farmacia. Los egresados de estos programas doctorales fundaron la industria farmoquímica en Argentina, que llegó a ser una de las más desarrolladas del mundo. Los primeros doctores en Argentina se graduaron al finalizar la primera década del siglo XX. Existía una universidad de alta calidad, un modelo de universidad en el mundo, la Universidad de la Plata, donde estudió, entre otros, Ernesto Sábato su doctorado en física.

Para el caso de Brasil, en 1934 en la Universidad de Sao Paulo se iniciaron los programas de estudios avanzados, simultáneamente, con los de pregrado, con la participación de profesores de gran reconocimiento intelectual, como Lévi Strauss y F. Braudel. En México, por ejemplo, en 1960 había 150 programas de posgrado de los cuales catorce eran programas doctorales. En Colombia tuvimos un atraso muy grande. La Universidad Nacional fue la pionera en el desarrollo, como ya lo presentó claramente el Profesor Luis H. Blanco, sin embargo entramos muy tarde a los estudios doctorales, básicamente a finales de los años ochenta y a principios de los años noventa.

La reflexión sobre los doctorados en Colombia, empezó a finales de los años ochenta. Este proceso estuvo marcado por dos importantes eventos: el foro de Ciencia y Tecnología organizado por Colciencias en el año 1988 en la sede de la Academia Colombiana de la Lengua, en el que se planteó por primera vez el Programa de Desarrollo Científico y Tecnológico como un problema que tenía que enfrentar el Estado y no simplemente como un problema del Ministerio de Educación, de las universidades o de Colciencias. En este foro todos los ministros tuvieron que presentar una exposición acerca de lo que hacía su respectivo ministerio en el campo de la ciencia y la tecnología, fue una obligación que les impuso el presidente V. Barco, los obligó a ir y a presentar personalmente el informe. El sector privado y el Estado, por fuera de Colciencias y las universidades públicas, empezaron a hablar de la necesidad del desarrollo científico y tecnológico, como elemento esencial para lograr un mayor crecimiento económico, aspecto que hasta ese momento había sido un problema exclusivo de las universidades y de Colciencias.

Luego vino la Misión de Ciencia y Tecnología, la Misión Agropecuaria y la Ley de Ciencia y Tecnología, y surgió una discusión muy grande sobre el papel que podía jugar la ciencia y la tecnología en el desarrollo del país. Antes, los planes de desarrollo no tenían ninguna referencia al desarrollo científico y tecnológico y se limitaban a consignar el presupuesto de ingresos y gastos de Colciencias. El Ministerio de Educación, con el apoyo de Colciencias y del Centro de Investigaciones para el Desarrollo – CID de la Universidad Nacional, y la participación de la Misión de Ciencia y Tecnología estableció un grupo de reflexión sobre la necesidad de crear doctorados en el país. Existía una experiencia muy importante que no ha sido suficientemente señalada: el programa BID- ICFES y BID –Colciencias. Dos programas sin ninguna coordinación al interior del BID y sin ninguna coordinación al interior del país, que sin embargo en sus prácticas lograron una excelente coordinación con los grupos que llevaban a cabo investigación en el país. La financiación de la investigación que hacía Colciencias iba a los grupos que se estaban consolidando gracias al programa BID-ICFES.

Del programa BID – ICFES, cuya finalidad era consolidar y desarrollar las maestrías en ciencias naturales, surgen los primeros doctorados. El programa BID- ICFES apoyó en la Universidad Nacional a las maestrías de física, química, matemáticas, e ingeniería, de donde surgieron los primeros doctorados en nuestra universidad. Con este programa se consolidan las maestrías, éstas se hacen visibles e importantes. Aparecen los programas de pasantías, y los estudiantes y los profesores colombianos viajan al exterior a universidades de primer nivel y vienen profesores extranjeros a trabajar con colegas colombianos en las maestrías que apoyaba el programa. Estas pasantías le dieron un gran impulso a las

maestrías existentes en el país que les permitió, años más tarde, desarrollar los programas doctorales.

Como señaló Luis H. Blanco, del seminario que se hizo en abril de 1989 en el Hotel La Fontana, organizado por el grupo de reflexión de los estudios doctorales, surgió una gran discusión sobre si era posible hacer doctorados en el país. Aparecieron dos grandes posiciones al interior de la universidad colombiana. La primera era la *maximalista*. Los que compartían esta posición sostenían que la universidad colombiana nunca iba a poder competir con Harvard, o con Yale, o con cualquiera de las grandes universidades del mundo, porque nunca íbamos a tener el ciclotrón, el acelerador de partículas, las bibliotecas con millones de volúmenes o los grandes laboratorios dotados de los últimos adelantos tecnológicos, en consecuencia, no se podían llevar a cabo doctorados de alta calidad. La segunda posición que podemos denominar *minimalista* era igualmente complicada. Los de ésta sostenían que era necesario establecer los doctorados para conseguir los recursos, laboratorios, personal, financiación, bibliotecas, etc. Ninguna de las dos posiciones era adecuada. Afortunadamente, la mayor parte de los asistentes al seminario optaron por la posición de que sí era posible llevar a cabo doctorados de calidad en el país, donde se contara con los recursos intelectuales, académicos y físicos, y en aquellas áreas en las que se contara con maestrías de alta calidad.

Existe un libro publicado por el CID y Tercer Mundo Editores de ese seminario, patrocinado por el CIID de Canadá y el CID de Colombia, publicado por Jorge Hernán Cárdenas quien fue el editor, en el cual se presentan las ponencias de los invitados extranjeros, nacionales y una síntesis de las discusiones llevadas a cabo. Una vez aceptado que era posible hacer doctorados en el país surgieron dos posiciones: una señalaba que los doctorados deberían ser de orden nacional, mediante la colaboración de varias instituciones. Ésa era la posición dominante entre los asistentes al seminario. La otra posición, estaba expresada por el rector de la Universidad del Valle, en ese momento Harold Rizo, quien sostuvo que su universidad estaba en capacidad de llevar a cabo todo tipo de doctorados. Esta posición rompió el consenso y llevó a universidades con mayor trayectoria investigativa a señalar que también serían capaces de desarrollar sus programas doctorales sin la colaboración de otras instituciones, quebrantando toda posibilidad, desde el inicio, de poder establecer relaciones intensas entre dos o tres universidades, para llevar a cabo un programa doctoral. La posición de la Universidad del Valle generó una dinámica muy negativa; dio pie a la creación de gran cantidad de doctorados que no reúnen las condiciones necesarias de calidad. Al finalizar el 2008 hay un poco más de 100 programas doctorales aprobados, la casi totalidad de ellos realizados de forma exclusiva por una institución, en muchas de las cuales no se tiene una masa crítica capaz de producir un alto volumen de investigación científica.

Sirva de ilustración el caso de Francia en donde más de la mitad de los doctorados son el resultado de asociaciones entre varias universidades francesas, para llevar a cabo dichos programas. A menudo, universidades que ofrecen programas doctorales de alta calidad en unas áreas, por ejemplo, Física o Química, se asocian con otras universidades o instituciones para llevar a cabo programas en Biología o Geología. Ninguna universidad ni institución de investigación tiene desarrollos similares en todos los campos, lo cual hace que sea necesaria la colaboración entre ellas.

Ahora, me referiré con un poco más en detalle a las dificultades que tiene la Universidad Nacional para convertirse en una universidad de investigación. Todos conocemos, y Luís H. Blanco lo ha señalado, los cambios morfológicos que ha sufrido la Universidad Nacional entre 1970 y el 2008; han sido espectaculares. Un mayor volumen de publicaciones, personal más calificado, el número de doctores entre el cuerpo docente ha aumentado considerablemente, tenemos una consolidación de líneas y grupos de investigación muy importante. Hemos avanzado mucho, aunque a un enorme costo porque la estructura y las prácticas de la universidad no facilitan el trabajo. Es innegable que es posible hacer algunas cosas, pero cuesta demasiado hacerlas.

Señalaré los cinco grandes problemas que tiene la Universidad. En primer lugar, una masa crítica de investigadores muy reducida. Actualmente, hacer investigación en la universidad no es un asunto marginal, sin embargo no es el eje central de la universidad. Si se observan los tiempos dedicados a la docencia y los tiempos dedicados a la investigación, las estadísticas de la universidad muestran que en gran parte estamos dedicados a la docencia. Por supuesto, es importantísima la docencia en una universidad, pero la investigación también es muy importante. Todo el mundo señala la importancia de la investigación, sin embargo, el grueso de profesores de la universidad no hace investigación. Cuando fui vicerrector académico tenía que firmar las cartas de reconocimiento de puntaje por producción académica y podía observar que las cartas eran siempre dirigidas a las mismas personas, pues una gran masa de profesores no publica. No obstante, los estímulos salariales a la publicación, constantemente, han sido objeto de una fuerte oposición por parte de los sindicatos profesoriales.

Mirándolo así, tenemos una masa crítica de investigadores muy reducida, aun cuando existe un esfuerzo importante para transformar esto; tal es el caso de las nuevas convocatorias de la universidad para recibir profesores. Éstas se han hecho más abiertas, haciendo concursos con el doctorado, como requisito mínimo de entrada y experiencia investigativa con publicaciones. Antes del 2002 esto no fue requisito para acceder a la universidad como docente.

A lo anterior se pueden añadir las dificultades que tenemos para atraer a los investigadores jóvenes. En cualquier universidad del mundo desarrollado o en cualquier Centro de Investigaciones de primer nivel, uno de los puestos claves es el de la jefatura de personal, y su papel es diseñar mecanismos para atraer a los mejores docentes y a los mejores investigadores a su institución. ¿Qué es lo que hace un decano en Yale, en Harvard, en Chicago o en Europa o un presidente de universidad? Tratar de traer la mejor gente a la universidad, su objetivo central es establecer relaciones con diferentes instituciones para llevar a cabo más investigación y obtener recursos. Naturalmente su trabajo no tiene que ver nada con problemas de orden público, por el contrario, en nuestra universidad la tarea de los decanos, y en general de la dirección de la universidad, se centra en lograr la gobernabilidad de la misma.

Hemos perdido el cuasimonopolio que teníamos de la investigación y de la formación avanzada. Hasta hace quince años, más o menos, si alguien quería hacer Física o Química de verdad si no iba a la Nacional, su labor carecía de interés; podía ser mejor pagado en

otra universidad, pero siempre iba a dictar química 1 y nunca iba a poder hacer investigación. Eso podía ocurrir en cualquier área y le podía suceder a cualquiera de nosotros. ¿Si usted quiere hacer Historia de verdad dónde la va a hacer? El único sitio donde se hacía investigación, hace quince años, era con excepción de dos o tres universidades adicionales, la Universidad Nacional. Hoy la situación ha cambiado completamente, hay un grupo importante de universidades públicas y privadas que tienen sólidos grupos de investigación y demandan profesionales altamente calificados. Irónicamente, los concursos de la Universidad Nacional han sido excelentes medios para mejorar los salarios de los profesores de las universidades privadas. En los últimos concursos de la Universidad Nacional muchos docentes de las universidades privadas se han presentado y han ganado el concurso, lo que les ha servido, a varios de ellos, para mejorar sus condiciones salariales en su respectiva universidad al anunciar que se retiran. Estamos haciendo esfuerzos importantes para celebrar los concursos, ¿pero qué cambios internos estamos haciendo para atraer a la gente y para que se mantenga en la universidad? Un buen número de personas que ganaron el concurso hace dos años, los directores de departamento los cargaron de cursos, dando como resultado que muchos de ellos renunciaran a la universidad.

Otro elemento es la ausencia de un sistema de evaluación integral del cuerpo docente, y este es un problema de organización, de política y de conceptos. Hay una pluralidad de jerarquías; la investigación, la excelencia académica es un valor que nadie discute, pero no necesariamente todo el mundo comparte. Si todo el mundo lo compartiera, entonces tendríamos unos sistemas de evaluación más rígidos. La universidad es muy particular, es cada vez más exigente en las condiciones de entrada y en las condiciones de salida. Esto es, si uno quiere llegar a la titularidad es muy exigente, pero entre el momento en que se entra y el momento en que quiere ser profesor titular, no hay mayor exigencia. Esto tiene enormes ventajas pero también enormes desventajas. En la universidad se puede trabajar mucho o trabajar poco y no tiene consecuencias de ninguna naturaleza. Si alguien publica mucho, recibe un mayor puntaje, pero el que no publica o tiene baja calificación en la evaluación no tiene problemas. Solamente cinco o seis profesores han salido en los últimos veinte años de la universidad porque ésta no les ha renovado su contrato o porque no cumplieron los reglamentos de la universidad. La inmensa mayoría del cuerpo profesoral hace un buen trabajo, sin embargo, existe un cierto número de docentes que tienen un compromiso muy bajo con la universidad, por lo cual deberían ser reemplazados.

Tenemos otro problema: un número de estudiantes de posgrado reducido. Así tengamos el cincuenta por ciento de los estudiantes de programas doctorales del país, el número de estudiantes de doctorado y de maestría de la universidad Nacional es supremamente reducido, distribuido, a su vez, en un enorme volumen de ofertas distintas, lo cual hace que, con excepción, tal vez de Química, por cada programa haya muy pocos estudiantes. Esto genera muchas dificultades de coordinación y no permite una masa crítica suficientemente fuerte.

Uno de los problemas más graves que tenemos es la ausencia de escuelas de posgrado. Entonces, tenemos tantos grupos de dirección como maestrías. Por ejemplo, en Economía tenemos dos doctorados, dos maestrías y tenemos cinco profesores que dirigen, uno el doctorado en economía, otro el doctorado especial en administración, uno la maestría en

administración y otro la maestría en economía. En ciencias hay treinta o cuarenta personas dirigiendo los posgrados. Hoy en ninguna universidad del mundo sucede eso. Hay escuela de graduados en artes, en ciencias, etc. Una escuela de graduados permite lo siguiente: no importa que al programa de química entren dos estudiantes o cinco estudiantes porque muchos de los cursos o de los seminarios que ven en ese programa son compartidos. Por ejemplo, métodos cuantitativos, técnicas de análisis, manejo de sistemas de análisis por computador, etcétera, son compartidos con los programas de física, con los de biología, etcétera. Nosotros tenemos, entonces, cursos para muy pocas personas, traemos invitados internacionales, ya que es necesario traerlos para la maestría o para el doctorado, profesores excelentes que le dan una conferencia o un seminario de quince o veinte días intensivo, unas pocas personas. Mientras si tuviéramos escuelas doctorales, con un sistema matricial, podríamos ofrecer incluso más programas, pero con un mejor aprovechamiento de los recursos.

Tenemos una muy baja internacionalización de nuestros programas de maestría y doctorado, muy pocos estudiantes extranjeros vienen. ¿Y por qué no vienen los estudiantes extranjeros? Múltiples razones, pero una de ellas: hay que hacer presencia para presentar el examen de admisión. ¿Cuál de ustedes que estudió la maestría o el doctorado en Europa o en Estados Unidos tuvo que ir antes de que lo recibieran a presentarse a la universidad en Europa o en Estados Unidos a ver si lo recibían? Ninguno de nosotros hubiera ido a estudiar al exterior si los requisitos hubieran sido: *venga, presente el examen de admisión o la entrevista y después le decimos si lo recibimos*. Cuando viajamos fue porque ya nos habían recibido. Cuarenta años después y con esa experiencia, todavía insistimos en que la gente venga y haga el examen de admisión. Hay dificultades para que los estudiantes extranjeros vengan, pero también nos inventamos unos procedimientos que no tiene mucho sentido.

El elemento más grave es la organización del trabajo académico en la universidad. Después de todo este *boom* de investigaciones, si seguimos como vamos, en cinco años no vamos a tener investigación en la universidad por la siguiente razón: el número de cursos de la universidad crece exponencialmente. En este momento, por ejemplo, hay tantos cursos de matemáticas 1 como carreras que requieren esa materia. Recuerden que a diferencia de las universidades extranjeras, como las europeas o americanas, nosotros tenemos ingreso de estudiantes a la universidad dos veces al año. De manera que los cursos se dan casi iguales en el primer y en el segundo semestre. Mientras que en las universidades europeas o americanas los cursos son distintos en el primer y en el segundo semestre. En consecuencia, el número de horas de clase que dan los profesores es muchísimo menor en Europa o en Estados Unidos que el de nosotros porque el que da un curso en el primer semestre no tiene que volverlo a dar en el segundo semestre. Esto nos está llevando a un enorme desperdicio de los recursos.

Nosotros estamos ligeramente por debajo del promedio de los países de la OCDE que es diecisiete estudiantes por profesor, el de nosotros es de catorce estudiantes por profesor. Es imposible pensar que a la universidad le van a aumentar el número de docentes. Primero, y no es para hacer una gran discusión acá; los programas de ajuste estructural que se vienen llevando a cabo en las economías de Europa, Estados Unidos y en el resto de los países han tendido a disminuir la presencia del Estado y del gasto público como una exigencia para el

funcionamiento de la economía. Eso ha implicado que las universidades hayan tenido que ajustarse en todas partes del mundo. La universidad hasta los años setenta, en el mundo recibía recursos de forma automática y los Estados desarrollados o en desarrollo no le exigían casi cuentas a la universidad porque existía un concepto de autonomía bastante amplio. Hoy día a la universidad le están exigiendo rendimiento de cuentas tanto en Europa como en los Estados Unidos, o en América Latina. Entonces, es muy difícil, casi que imposible, que la universidad vaya a aumentar el número de docentes.

Necesitamos enfrentar ese problema; en primer lugar, utilizar, y ya se ha empezado a hacer, pero, masivamente, a los estudiantes de doctorado y de maestría como auxiliares de docencia, de manera que puedan los profesores dar sus clases magistrales a grandes grupos y que los trabajos prácticos puedan ser dirigidos por los estudiantes de maestría y de doctorado bajo la dirección de los profesores asociados y titulares, haciendo un trabajo mejor que lo que tenemos hoy en día con profesores ocasionales, que nadie sabe cómo se seleccionan y los cuales no tienen ninguna supervisión. Hay una enorme diferencia: el profesor ocasional no le rinde cuentas a nadie y el auxiliar de docencia está bajo la supervisión de un profesor titular o asociado.

Lo anterior está asociado a la proliferación de micropoderes en la universidad. En consecuencia hay micropoderes que manejan recursos. Por ejemplo, todavía tenemos grupos de investigación consolidados, invitados a congresos internacionales, gente de altísimo reconocimiento, que presentan sus programas a Colciencias y que deben pasar su proyecto de investigación por el Consejo de la Facultad, donde una parte apreciable de sus miembros nunca han hecho investigación. Cuando un profesor es asociado o titular, tiene un gran volumen de publicaciones e incluso es director de un grupo de investigación, no tiene ningún sentido que la universidad burocráticamente le exija pasar por una serie de filtros para ver si de pronto ese proyecto es bueno y se puede avalar.

Necesitamos una organización mucho más flexible de la universidad. Me aterra que tengamos más de ciento treinta maestrías. Deberíamos tener una formación en maestrías mucho más flexibles. Como universidad lo que necesitamos saber es que determinados grupos de investigación, determinados departamentos, están en capacidad de ofrecer maestrías de alta calidad, que la universidad las respalda y dejar abiertos los títulos. A mucha gente no le interesa la maestría en sociología o en economía sino en sociología de la cultura, en sociología política, o en macroeconomía, o en métodos cuantitativos, porque la demanda profesional así lo exige y eso se podría hacer sin crear cien programas adicionales, sino que el programa de maestría en filosofía por ejemplo, podría dar el título adicional de Maestría en filosofía con el *guion* filosofía griega, estética o lo que fuere. En el doctorado no hay dificultad porque el doctorado es uno solo, salvo que tomemos la visión alemana que es el doctor en Ciencias Naturales o el Doctor en Ciencias Sociales, etc. Necesitamos una organización académica mucho más flexible. La organización que tenemos hoy día centrada en facultades, todas con la misma estructura es un modelo obsoleto que ya las universidades del primer mundo casi no utilizan, los institutos, los centros especializados y las escuelas, son las nuevas formas organizativas que se dan en las universidades al inicio del siglo XXI.